

LAS INTERVIUS INTERNACIONALES

Continuación de las declaraciones de Adolfo Menjou, en la que da su fórmula especial para triunfar en Hollywood, la Meca del Cine

(Interviu facilitada por la Anglo-American N. S.)

La máscara y el rostro

La Naturaleza me ha proporcionado esta cara... esta cara que me compromete y me hace aparentar una «suficiencia» sobre las mujeres que no es auténtica y, cuando trabajo, mi cara, instintivamente, sabe tomar ciertas expresiones que forzosamente obligan a tenerme por un consumado y empedernido galanteador. A pesar de lo que le digo, me es dable hacerle una revelación sobre las mujeres, pues así como otros muchos hombres han hecho atinadas observaciones sobre el sexo débil, fruto de su experiencia, por mi parte he podido notar, no sin cierta alarma, que las mujeres son «inexplicables», «inconcebibles». Y nada más, y no crea que esto es poco.

—Sea usted más explícito, por favor...

—Si las mujeres no fuesen «insondables»—arguye Menjou—, si no encerrasen un profundo misterio para consigo mismas y para los hombres, no existirían sobre la faz del mundo esas románticas y enternecedoras historias de amor y perdición, esos poemas pasionales, ni vibraría en el alma humana esa música cadenciosa del amor; el mundo sería muy soso y aburrido; más insipido que el «bacalao hervido»—dice textualmente Menjou.

—Pero al escoger a su sugestiva esposa, ha demostrado ser un «connoisseur»—no he podido menos que indicar a mi amable interlocutor.

Menjou, presa de sus propios argumentos, súbito ha reaccionado:

—Bien es verdad que he procurado defenderme para no pasar precisamente por el trance de merecer una calificación desagradable, pero como merecido cumplido a mi amadísima esposa, no protesto nuevamente por lo de «entendido», aunque he de hacer constar que no he sido nunca ningún esclavo de los encantos femeninos. Me place, no obstante, ver en la mujer los esenciales atributos de belleza, gracia e inteligencia. De las mujeres puede decirse que las hay de toda la escala del extenso repertorio de mis películas de California. Unas malas, otras vulgares, las más, graciosas y simpáticas; las menos, insulsas y aborrecibles; pero, cuando menos se espera,

tropezamos con una que es lo definitivo, el «summum», la obra maestra por excelencia.

Y en este dichoso caso, si no es vanidoso decirlo, creo que yo me encuentro.

Menjou, incansable

Adolfo Menjou, risueño y animado, a pesar de lo extenso de mi interrogatorio, está ahora en el mejor momento para complacerme en el cuestionario que me propuse y que ya toca a su fin.

—He oído que Hollywood es también conocida por el remoquete de «Heartbreak City», esto es, la ciudad que acongoja. ¿Puede darme usted razón de ello?—he dicho al gran artista.

—Más y peor se ha dicho de Hollywood—ha contestado—. Es la ciudad sedienta de oro, insaciable en sus deseos, que hace la vida odiosa a fuerza de ir en pos de la codiciada fama. Lo que hay, en realidad, es que las gentes se forjan demasiadas ilusiones acerca del «Centro» mundial del Cine, de Hollywood; se creen que es cosa fácil desenvolverse allí a su antojo y luego vienen los desencuentros. Y el Hollywood del film no es más que la gran área de los suburbios de Los Angeles, en donde están situados los grandes Estudios de películas.



GLORIA SWANSON

Cómo es Hollywood

—¿No podría darme una somera idea de Hollywood para que mis lectores se hicieran cargo de tal como es?

—Voy a exponerle algunas características principales para que en su imaginación brille una chispa de luz acreca del misterio y del hechizo de Hollywood o Cinelandia. Supongamos que es usted un aspirante a artista del séptimo arte que acaba de aparecerse después de un largo y fatigoso viaje a través de todo el continente norteamericano, y como usted no es millonario ni hace los viajes, vamos al decir, en plan de «castro» ya consagrado, supondremos que no habrá utilizado el «sleeping» del «express» transcontinental y demás comforts propios del caso. Ya ha llegado usted a su término, a la estación de sus ensueños. Y se encuentra usted que no es la estación de Hollywood, puesto que no existe.

Ante mi perplejidad, Menjou ha añadido:

—Por de pronto, indagará seguidamente cuál es el camino que conduce a Hollywood, puesto que no hay ninguna indicación ni letrero que lo señale en parte alguna. Se ha apeado usted del tren a diez millas de su verdadero punto de destino. La ciudad mágica del film, Cinelandia, está hacia el Oeste, casi a las orillas del Pacífico quejumbroso. Le indicarán que se suba al tranvía. Son unos vehículos de asientos duros que, algo incómodamente, le conducen a uno a través de los barrios chino y mejicano, hasta el centro de la ciudad, en la parte más comercial y populosa. Allí tendrá usted que cargar con sus maletas e introducirse dentro del Metropolitano. Este tren le llevará a usted, por debajo tierra siempre, hasta el campo abierto, y allí deberá usted echar a andar por camino raso, interrumpido sólo alguna que otra vez por casas lóbregas. Es el desierto que une Los Angeles, ciudad de negocios y de petróleo, con Hollywood, ciudad de los románticos films y del oro... y de los desencuentros.

—¿Es largo ese viaje?—interrompo.

—Una hora aproximadamente—dice Menjou—. Pero, más adelante, si la

PELICULAS DOCUMENTALES

En canoa

EL PESO DE LAS «ESTRELLAS»

Los kilos, el arte y la belleza

«Turismo!... He aquí la palabra mágica, que tan fácilmente transporta a los amantes de la Naturaleza, amantes deportivos se entiende, porque aquellos que repugnan hacer un esfuerzo por pequeño que sea, jamás comprenderán la alegría que se experimenta recorriendo kilómetros de campiña, ya sea bajo los frondosos árboles de los bosques, o en la dilatada planicie, pero siempre en busca de lugares pintorescos. Esos se contentan con sentarse o embutirse en el fondo de un cómodo automóvil, y una vez bien arrellanados, mirar distraidamente los paisajes que a derecha e izquierda de la carretera van desfilando.

Lo mismo harían y se ahorrarían el dinero de la gasolina, si asistieran en el cine a la proyección de un film documental... y hasta se instruirían más.

Vamos aquí a tratar de turismo náutico.

Imaginemos un grupo de jóvenes galardos, de carácter expansivo y alegre, con la tez bronceada, músculos poderosos, fuertes como los ciervos de una catedral, y de un valor sin límites. Supongo que con esta ligera descripción habréis reconocido que estos jóvenes son gente deportiva ¿no es verdad?...

Colocad a estos muchachos en canoas indias, proveedlos de remos y los veréis descender formando una pequeña escuadra, siguiendo el curso magnífico de uno de los ríos más caudalosos de Francia. ¿Todo el día?... ¡Seguramente! Pero, ¿y la noche?... ¿La noche?... Pues, por la noche, se detienen y acampan, bajo la tienda de campaña, en cualquier rincón elegante de las orillas. Al amanecer del día siguiente, levantan el campo, y de nuevo a las canoas, que al compás de los cantos rítmicos y de las sonoras carcajadas, cortan la superficie azul del río, briosamente impulsadas por los remos, bajo el aire puro y los ardientes rayos de un sol canicular.

Muchos son los incidentes acaecidos a estos jóvenes deportistas en el descenso del Ardèche por este procedimiento. A los excursionistas se les ocurrió la excelente idea de hacer filmar su viaje que seguramente ha de impresionar a más de un espectador, que no escatimará un movimiento de admiración, y quien sabe si hasta de envidia, ante las bellezas vistas por los turistas y retenidas, además, en algún rincón de su corazón y de sus ojos.

El turismo náutico encierra todas las alegrías reunidas de las demás clases de turismo y añade una infinidad de cosas que le son familiares.

¿Qué más se puede pedir?...

Del turismo pedestre le queda a uno el sabor, no exento de cierta patulancia, de haberse podido aventurar por lugares que son inaccesibles a cualquier otro medio de locomoción. Cuando el río pasa bajo un bosque, los árboles de las orillas juntan y entrelazan sus ramas formando

un arco triunfal de verdura en el que el sol se quiebra en rayos de color oro verde; cuando la corriente, en algunos momentos perezosa como una hermosa que estirará sus miembros al saltar del lecho, toma de pronto una marcha vertiginosa, un galope de caballo indómito y se transforma en rápidos remolinos y cascadas, entonces el remero ha de demostrar que sabe lo que lleva entre manos. Ha de remar enérgicamente haciendo un soberbio ejercicio de brazos, si quiere imponerse a los caprichos de la corriente.

Durante las cálidas tardes de julio, cuando los remeros han terminado su substanciosa y abundante comida, con envidiable apetito — pues nada lo abre tanto como el ejercicio en plena naturaleza —, los turistas descansan un rato sobre el césped, con el corazón lleno de alegría y los pulmones de oxígeno puro. Claro es, que con esta clase de vida, cuando los expedicionarios lleguen al término de su viaje, será muy difícil precisar si antes tuvieron la piel blanca...

No os he hablado todavía del admirable desfile de hermosos paisajes entre los cuales han pasado estos hombres felices: murallas inmensas de granito a cuyos pies se estrellaba la cristalina corriente, cantando su eterna y monótona canción; selvas magníficas y profundas; orillas inaccesibles por lo escarpadas; pastores hospitalarios. Se remaba por la mañana, antes que el calor apretara, y por la tarde, cuando cedía un poco, o sea, a partir de la hora en que la enorme bola ígnea del astro rey parecía sumergirse o clavarse en un punto lejano de la tierra para fundirse con ella y desaparecer en un horizonte violeta y escarlata. Las estrellas, primero como avergonzadas, luego luciendo toda su intensidad, tachonaban el cielo brillando en la noche clara. Los hombres callaban, en una especie de místico recogimiento, remando más mesuradamente, y escuchaban el trinar de los pájaros, cuya hermosa música era acompañada por un dulce murmullo originado por el roce del agua en su fuga, contra las barnizadas bordas de las canoas.

H. GILBERT



MAE MURRAY

Cincuenta y dos y medio kilogramos es el promedio de peso de las actrices del cine.

Los directores de la Metro-Goldwyn-Mayer lo descubrieron así en una inspección sanitaria organizada con objeto de determinar posibles cambios de alimentación en los menús de los restaurantes de la colonia.

Según el doctor Harry Anderson, médico de los Estudios, el promedio de peso de las actrices representa la proporción ideal para una joven moderna de estatura mediana.

La esbellez de las estrellas del cine, declara el galeno, hace que su peso sea menor que el de las mujeres en otras esferas de la vida, y demuestra asimismo los efectos de un método de vida bien regulado, una alimentación práctica y abundante ejercicio al aire libre.

Renée Adorée es una de las más delgadas entre las artistas de la Metro-Goldwyn-Mayer, pesando solamente 48 kilogramos y medio. Greta Garbo, más alta que las otras estrellas, alcanza a cincuenta y seis y medio. Marion Davies pesa exactamente cincuenta y tres y medio kilogramos.

Las que más se aproximan de pequeñas diferencias al promedio de peso establecido son Polly Ann Young, Aileen Pringle, Dorothy Sebastián, Norma Shearer, Fay Webb y Marceline Day.

Joan Crawford, aclamada como la «Venus del Cine», rara vez pasa de cincuenta y medio o cincuenta y un kilogramos, impidiendo sus ejercicios atléticos toda acumulación de peso; y Eleanor Boardman pesa cincuenta y un kilogramos y medio.

Obsérvase, sin embargo, cierta tendencia a un cambio de líneas de la figura en el cine.

Los fotógrafos de los Estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer, declaran que las curvas se adaptan mejor que los ángulos a la fotografía, y las toilettes más elegantes que se diseñan en el departamento de guardarropa caen extremadamente bien a las figuras de curvas acentuadas.

«Los cuerpos chatos, «a lo garçon», fueron un capricho del momento», dice Fred Beers, director del personal de las películas de la Metro-Goldwyn-Mayer. «Y esta moda se llevó al extremo. Las formas agradablemente torneadas son mucho más atractivas que un cuerpo regular.

Las muchachas que han firmado contratos recientemente son más bien gorditas que demasiado esbeltas. Anita Page, a quien se considera uno de los descubrimientos más importantes del año, tiene una hermosa figura. No puede decirse que sea gruesa, pero tampoco puede jactarse de las líneas apenas pronunciadas de la adolescencia.

Josephine Dunn, Polly Ann Young, Blanche Le Clair y Betty Morrissey, las cuatro chicas que con más frecuencia han obtenido últimamente contratos de la Metro-Goldwyn-Mayer, se conforman a la nueva orientación de la moda en las líneas femeninas.

LAS INTERVIUS INTERNACIONALES

Continuación de las declaraciones de Adolfo Menjou, en la que da su fórmula especial para triunfar en Hollywood, la Meca del Cine

(Interviu facilitada por la Anglo - American N. S.)

La máscara y el rostro

La Naturaleza me ha proporcionado esta cara... esta cara que me compromete y me hace aparentar una «suficiencia» sobre las mujeres que no es auténtica y, cuando trabajo, mi cara, instintivamente, sabe tomar ciertas expresiones que forzosamente obligan a tenerme por un consumado y empedernido galanteador. A pesar de lo que le digo, me es dable hacerle una revelación sobre las mujeres, pues así como otros muchos hombres han hecho atinadas observaciones sobre el sexo débil, fruto de su experiencia, por mi parte he podido notar, no sin cierta alarma, que las mujeres son «inexplicables», «inconcebibles». Y nada más, y no crea que esto es poco.

—Sea usted más explícito, por favor...

—Si las mujeres no fuesen «insondables»—arguye Menjou—, si no encerrasen un profundo misterio para consigo mismas y para los hombres, no existirían sobre la faz del mundo esas románticas y enternecedoras historias de amor y perdición, esos poemas pasionales, ni vibraría en el alma humana esa música cadenciosa del amor; el mundo sería muy soso y aburrido; más insípido que el «bacalao hervido»—dice textualmente Menjou.

—Pero al escoger a su sugestiva esposa, ha demostrado ser un «connoisseur»—no he podido menos que indicar a mi amable interlocutor.

Menjou, presa de sus propios argumentos, súbito ha reaccionado:

—Bien es verdad que he procurado defenderme para no pasar precisamente por el trance de merecer una calificación desagradable, pero como merecido cumplido a mi amadísima esposa, no protesto nuevamente por lo de «entendido», aunque he de hacer constar que no he sido nunca ningún esclavo de los encantos femeninos. Me place, no obstante, ver en la mujer los esenciales atributos de belleza, gracia e inteligencia. De las mujeres puede decirse que las hay de toda la escala del extenso repertorio de mis películas de California. Unas malas, otras vulgares, las más, graciosas y simpáticas; las menos, insulsas y aborrecibles; pero, cuando menos se espera,

tropezamos con una que es lo definitivo, el «summum», la obra maestra por excelencia.

Y en este dichoso caso, si no es vanidoso decirlo, creo que yo me encuentro.

Menjou, incansable

Adolfo Menjou, risueño y animado, a pesar de lo extenso de mi interrogatorio, está ahora en el mejor momento para complacerme en el cuestionario que me propuse y que ya toca a su fin.

—He oído que Hollywood es también conocida por el remoquete de «Heartbreak City», esto es, la ciudad que acongoja. ¿Puede darme usted razón de ello?—he dicho al gran artista.

—Más y peor se ha dicho de Hollywood—ha contestado—. Es la ciudad sedienta de oro, insaciable en sus deseos, que hace la vida odiosa a fuerza de ir en pos de la codiciada fama. Lo que hay, en realidad, es que las gentes se forjan demasiadas ilusiones acerca del «Centro» mundial del Cine, de Hollywood; se creen que es cosa fácil desenvolverse allí a su antojo y luego vienen los desengaños. Y el Hollywood del film no es más que la gran área de los suburbios de Los Angeles, en donde están situados los grandes Estudios de películas.



GLORIA SWANSON

Cómo es Hollywood

—¿No podría darme una somera idea de Hollywood para que mis lectores se hicieran cargo de tal como es?

—Voy a exponerle algunas características principales para que en su imaginación brille una chispa de luz acreca del misterio y del hechizo de Hollywood o Cinelandia. Supongamos que es usted un aspirante a artista del séptimo arte que acaba de aparecer después de un largo y fatigoso viaje a través de todo el continente norteamericano, y como usted no es millonario ni hace los viajes, vamos al decir, en plan de «astro» ya consagrado, supondremos que no habrá utilizado el «sleeping» del «express» transcontinental y demás confort propios del caso. Ya ha llegado usted a su término, a la estación de sus ensueños. Y se encuentra usted que no es la estación de Hollywood, puesto que no existe.

Ante mi perplejidad, Menjou ha añadido:

—Por de pronto, indagará seguidamente cuál es el camino que conduce a Hollywood, puesto que no hay ninguna indicación ni letrero que lo señale en parte alguna. Se ha apeado usted del tren a diez millas de su verdadero punto de destino. La ciudad mágica del film, Cinelandia, está hacia el Oeste, casi a las orillas del Pacífico quejumbroso. Le indicarán que se suba al tranvía. Son unos vehículos de asientos duros que, algo incómodamente, le conducen a uno a través de los barrios chino y mejicano, hasta el centro de la ciudad, en la parte más comercial y populosa. Allí tendrá usted que cargar con sus maletas e introducirse dentro del Metropolitano. Este tren le llevará a usted, por debajo tierra siempre, hasta el campo abierto, y allí deberá usted echar a andar por camino raso, interrumpido sólo alguna que otra vez por casas lóbregas. Es el desierto que une Los Angeles, ciudad de negocios y de petróleo, con Hollywood, ciudad de los románticos films y del oro... y de los desengaños.

—¿Es largo ese viajecito?—interrumpo.

—Una hora aproximadamente—dice Menjou—. Pero, más adelante, si la

PELICULAS DOCUMENTALES

En canoa

EL PESO DE LAS «ESTRELLAS»

Los kilos, el arte y la belleza

¡Turismo!... He aquí la palabra mágica, que tan fácilmente transporta a los amantes de la Naturaleza, amantes deportivos se entiende, porque aquellos que repugnan hacer un esfuerzo por pequeño que sea, jamás comprenderán la alegría que se experimenta recorriendo kilómetros de campiña, ya sea bajo los frondosos árboles de los bosques, o en la dilatada planicie, pero siempre en busca de lugares pintorescos. Esos se contentan con sentarse o embutirse en el fondo de un cómodo automóvil, y una vez bien arrullados, miran distraidamente los paisajes que a derecha e izquierda de la carretera van desfilando.

Lo mismo harían y se ahorrarían el dinero de la gasolina, si asistieran en el cine a la proyección de un film documental... y hasta se instruirían más.

Vamos aquí a tratar de turismo náutico.

Imaginamos un grupo de jóvenes gallardos, de carácter expansivo y alegre, con la tez bronceada, músculos poderosos, fuertes como los cimientos de una catedral, y de un valor sin límites. Supongo que con esta ligera descripción habréis reconocido que estos jóvenes son gente deportiva ¿no es verdad?...

Colocad a estos muchachos en canoas indias, proveedlos de remos y los veréis descender formando una pequeña escuadra, siguiendo el curso magnífico de uno de los ríos más caudalosos de Francia. ¿Todo el día?... ¡Seguramente! Pero, ¿y la noche?... ¡La noche!... Pues, por la noche, se detienen y acampan, bajo la tienda de campaña, en cualquier rincón elegante de las orillas. Al amanecer del día siguiente, levantan el campo, y de nuevo a las canoas, que al compás de los cantos rítmicos y de las sonoras carcajadas, cortan la superficie azul del río, briosamente impulsadas por los remos, bajo el aire puro y los ardientes rayos de un sol canicular.

Muchos son los incidentes acaecidos a estos jóvenes deportistas en el descenso del Ardeche por este procedimiento. A los excursionistas se les ocurrió la excelente idea de hacer filmar su viaje que seguramente ha de impresionar a más de un espectador, que no escatimará un movimiento de admiración, y quien sabe si hasta de envidia, ante las bellezas vistas por los turistas y retenidas, además, en algún rinconcito de su corazón y de sus ojos.

El turismo náutico encierra todas las alegrías reunidas de las demás clases de turismo y añade una infinidad de cosas que le son familiares.

¿Qué más se puede pedir?...

Del turismo pedestre le queda a uno el sabor, no exento de cierta patulancia, de haberse podido aventurar por lugares que son inaccesibles a cualquier otro medio de locomoción. Cuando el río pasa bajo un bosque, los árboles de las orillas juntan y entrelazan sus ramas formando

un arco triunfal de verdura en el que el sol se quiebra en rayos de color oro verde; cuando la corriente, en algunos momentos perezosa como una hermosa que estirará sus miembros al saltar del lecho, toma de pronto una marcha vertiginosa, un galope de caballo indómito y se transforma en rápidos remolinos y cascadas, entonces el remero ha de demostrar que sabe lo que lleva entre manos. Ha de remar enérgicamente haciendo un soberbio ejercicio de brazos, si quiere imponerse a los caprichos de la corriente.

Durante las cálidas tardes de julio, cuando los remeros han terminado su substanciosa y abundante comida, con envidiable apetito — pues nada lo abre tanto como el ejercicio en plena naturaleza —, los turistas descansan un rato sobre el césped, con el corazón lleno de alegría y los pulmones de oxígeno puro. Claro es, que con esta clase de vida, cuando los expedicionarios lleguen al término de su viaje, será muy difícil precisar si antes tuvieron la piel blanca...

No os he hablado todavía del admirable desfile de hermosos paisajes entre los cuales han pasado estos hombres felices: murallas inmensas de granito a cuyos pies se estrellaba la cristalina corriente, cantando su eterna y monótona canción; selvas magníficas y profundas; orillas inaccesibles por lo escarpadas; pastores hospitalarios. Se remaba por la mañana, antes que el calor apretara, y por la tarde, cuando cedía un poco, o sea, a partir de la hora en que la enorme bola ignea del astro rey parecía sumergirse o clavarse en un punto lejano de la tierra para fundirse con ella y desaparecer en un horizonte violeta y escarlata. Las estrellas, primero como avargonzadas, luego luciendo toda su intensidad, tachonaban el cielo brillando en la noche clara. Los hombres callaban, en una especie de místico recogimiento, remando más mesuradamente, y escuchaban el trinar de los pájaros, cuya hermosa música era acompañada por un dulce murmullo originado por el roce del agua en su fuga, contra las barnizadas bordas de las canoas.

H. GILBERT



MAE MURRAY

Cincuenta y dos y medio kilogramos es el promedio de peso de las actrices del cine.

Los directores de la Metro-Goldwyn-Mayer lo descubrieron así en una inspección sanitaria organizada con objeto de determinar posibles cambios de alimentación en los menús de los restaurantes de la colonia.

Según el doctor Harry Anderson, médico de los Estudios, el promedio de peso de las actrices representa la proporción ideal para una joven moderna de estatura mediana.

La esbeltez de las estrellas del cine, declara el galeno, hace que su peso sea menor que el de las mujeres en otras esferas de la vida, y demuestra asimismo los efectos de un método de vida bien regulado, una alimentación práctica y abundante ejercicio al aire libre.

Renée Adorée es una de las más delgadas entre las artistas de la Metro-Goldwyn-Mayer, pesando solamente 48 kilogramos y medio. Greta Garbo, más alta que las otras estrellas, alcanza a cincuenta y seis y medio. Marion Davies pesa exactamente cincuenta y tres y medio kilogramos.

Las que más se aproximan con pequeñas diferencias al promedio de peso establecido son Polly Ann Young, Aileen Pringle, Dorothy Sebastián, Norma Shearer, Fay Webb y Marcelline Day. Joan Crawford, aclamada como la «Venus del Cine», rara vez pasa de cincuenta y medio o cincuenta y un kilogramos, impidiendo sus ejercicios atléticos toda acumulación de peso; y Eleanor Boardman pesa cincuenta y un kilogramos y medio.

Obsérvese, sin embargo, cierta tendencia a un cambio de líneas de la figura en el cine.

Los fotógrafos de los Estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer, declaran que las curvas se adaptan mejor que los ángulos a la fotografía, y las toilettes más elegantes que se diseñan en el departamento de guardarropía caen extremadamente bien a las figuras de curvas acentuadas.

«Los cuerpos chatos, «a lo garçon», fueron un capricho del momento», dice Fred Beers, director del personal de las películas de la Metro-Goldwyn-Mayer. «Y esta moda se llevó al extremo. Las formas agradablemente torneadas son mucho más atractivas que un cuerpo regular.

Las muchachas que han firmado contratos recientemente son más bien gorditas que demasiado esbeltas. Anita Page, a quien se considera uno de los descubrimientos más importantes del año, tiene una hermosa figura. No puede decirse que sea gruesa, pero tampoco puede jactarse de las líneas apenas pronunciadas de las adolescentes.

Josephine Dunn, Polly Ann Young, Blanche Le Clair y Betty Morrissey, las cuatro chicas que con más frecuencia han obtenido últimamente contratos de la Metro-Goldwyn-Mayer, se conforman a la nueva orientación de la moda en las líneas femeninas.

UN REPORTAJE INTERESANTE

En Marruecos con los intérpretes de

"Occidente"

A bordo del paquebot «Haiti» salimos de Bordeaux con la sonrisa en los labios y rebosando satisfacción, el «metteur» y los intérpretes de «Occidente» bien ajenos a lo que nos esperaba al abandonar el río Gironda.

Apenas entrados en el golfo de Gascuña una violenta tempestad puso en danza a todo el personal de a bordo, y la alegría del capitán, por llevar en su buque una compañía cinematográfica, se vio muy pronto turbada por la ausencia de éstos, y sus ocupaciones sobre cubierta, lo que impidió que trabara conocimiento con ellos hasta el preciso momento del desembarco, ya que los artistas habían efectuado la travesía reclusos en sus camarotes.

Desembarcados en Casablanca todos los componentes de la «troupe» y después de una noche de descanso, que bien necesitaban, a la mañana siguiente emprendieron el viaje hacia Mogador.

La carretera que va desde Casablanca a Mogador, pasando por Azemur, es una de las más bellas del Protectorado francés, y está maravillosamente cuidada; y a la caída de la tarde, en el autocar de 30 HP., que une esas dos ciudades, llegaron a Mogador.

Al día siguiente, se comenzó a «rodar». Desde los grandes navíos colocados en línea a lo largo del muelle, se desplazaron las barcas, toscas pesadas embarcaciones, llevadas por aquellos indígenas de costumbres pintorescas, cuyos cantos guturales y movimientos mecánicos, nos hacían pensar en los condenados a remar en galeras, siempre encorvados bajo el látigo cruel. Allí fué donde oficialmente tuvieron contacto con la tierra mograbina por primera vez los oficiales de marina Arnaud de Saint-Guillen y Cadière (Jaque Cateleain y Lucien Dallace).

Después de algunos días de trabajo, los viajeros abandonaban el pequeño puerto de sólidas murallas coronado por un gran fuerte de piedra grisácea, y se iban a Marrakesh, no sin antes echar un vistazo a la finca del caid Haddú, el hombre de confianza de Abd-el-Krim, que vive cerca del mar, en una residencia de la que le está absolutamente prohibido alejarse.

La llegada a Marrakesh no deja de ser una cosa en extremo pintoresca. La antigua capital del imperio, ciudad santa, está materialmente rodeada de palmeras; sus casas, de una

arquitectura muy original, están disseminadas sin orden ni concierto y en ninguna de ellas falta su soberbio patio y su espléndido jardín, y todo aquel conglomerado de construcciones está presidido por la imponente mole de la Kutubia, la mezquita más formidable de Marruecos.

La torre del Muezzin se eleva majestuosa en el cielo azul a una altura considerable. La leyenda coránica proclama, no obstante, que en otros tiempos la Kutubia era más elevada. Sobre este particular cuentan los mahometanos un milagro en el que creen a ojos cerrados: Un día un rumí (cristiano) quiso ver la salida del sol. Pudo, sin ser visto, llegar hasta la parte más elevada de la torre; pero el todopoderoso Muláná, no permitió aquel sacrilegio. Y para que el cristiano no profanara con sus ojos impuros a la joven aurora, hizo un gesto y la Kutubia bajó lo bastante para que el cristiano no pudiera ver nada.

Pero volvamos a lo nuestro, a «Occidente». Intérpretes y operadores se instalaron en «Mamunia» y en «Dukala» los dos grandes hoteles de Marrakesh y la vida se organizó rápidamente.

Henri Fescourt, el «metteur en scene» se apresuró a reconocer los sitios que se habían señalado. Los primeros metros se rodaron en un bosque de palmeras situado en las cercanías del Zoco-el-Khremis, después de lo cual, la «troupe» partió para Tahanaut, donde fueron rodadas las grandes escenas del campamento, de la predicción, de la distribución de armas y ciertos detalles del combate. Era el día del concurso agrícola. Los granjeros marroquíes habían descendido de sus montañas para presentar a las autoridades los mejores ejemplares de las especies obtenidas con su esfuerzo y trabajo; obtuvieron numerosos premios y se retiraban satisfechos. Los cineastas fueron presentados a los caides. Aquello fué un pintoresco e impresionante encuentro, copiosamente remojado, según la costumbre mahometana, con una infusión de té y menta, ya que el alcohol lo prohíbe el Corán. Por la noche, invitación a la gran «diffa» de notables, que amablemente nos ofrecieron el «menchuf» y el «cuzcuz».

Al día siguiente, día grande de zoco o mercado, fué preciso tratar con los caides para el primer reclutamiento de personal que debía operar en el bando de los disidentes. Todo se ejecutó perfectamente, y los ca-

des, después de haberse hecho retraer, manifestaron el deseo de mirar dentro del aparato de la cámara; no sé qué verían, qué demonio descubrirían dentro; lo que sí sé, es que se mostraban encantados, según nos declararon.

Mientras rodábamos en Thanaut, con un gran concurso de partidarios, una cosa sorprendió extraordinariamente a Fescourt; era la gran facilidad con que los árabes, habiéndoles no su idioma, sino una especie de berebere, muy machacado por cierto, comprendían perfectamente las instrucciones que se les daban, llegando en poco rato a ejecutar sus papeles como pocos comparsas serían capaces de hacerlo.

Entre toda esta gente reclutada en el zoco, había dos individuos que se distinguieron de los demás.

El primero era un miliciano de la policía indígena, al que le denominábamos con el fantástico nombre de «Mus» y que actuando con nosotros, se distinguió de tal manera, que muy pronto le confiamos un papel. Cada vez que realizábamos una escena, «Mus» estaba allí atento a los más insignificantes detalles y sonriendo siempre, nos hacía signos para indicarnos que había comprendido, lo que probaba ejecutando fielmente cuanto se le pedía.

El otro era un joven marroquí, suboficial de caballería del 22 regimiento de spahis, y se llamaba Zerúal. Caballista notable, su alegría más grande era que utilizáramos sus servicios, para cuyo cumplimiento salía por el valle a todo correr de su cabalgadura y de pie sobre ella.

Ordinariamente llevaba su airoso uniforme kaki; pero para rodar se ponía una chilaba mugrienta y desgarrada y hasta es posible que «habitada» que no se podía tocar sin aprensión.

Zerúal entabló, ante el objetivo, con Bagratide, una lucha épica, de la que debía salir vencedor, por exigirlo así el escenario. Se prestó voluntariamente a esta ficción y siguió a los operadores hasta el final del viaje.

«Mus», Zerúal, estrellas del dilatado desierto, vuestro nombre debiera figurar, aunque fuera en pequeños caracteres, en el reparto del film!

No dejemos Tahanaut sin mencionar sus curiosidades. En este pueblo, hay un hotel, que si hablamos con propiedad, diremos, más bien, que aquel edificio evoca la idea de una ruina; pero como en la fachada campea un gran título en el que se lee la palabra «hotel», será preciso no

dudar que lo es, y aceptar sin reparos que en Tahanaut hay un hotel, regentado por el feliz matrimonio Prevot.

La llegada de los intérpretes de «Occidente» ya era conocida por el hostelero; se puso inmediatamente a las órdenes del «metteur en scene» y preparó, para Claudine Victrix, una habitación cuajada de puntillas y tapices, que Dios sabe dónde habrían sido adquiridos, y adornada por Mme. Prevot con grandes búcaros llenos de las más diversas y hermosas especies de flores.

En la comida, la dueña del hotel echó, como vulgarmente se dice, toda la carne en el asador, sirviéndonos un menú, gracias al cual, los desterrados provisionales, volvimos a encontrarnos momentáneamente en una dulce atmósfera patria.

Pero volvamos a Mr. Prevot. Antiguo legionario, familiarizado con el «bled», no le gusta vivir más que en los confines del Protectorado. Se le ha visto viviendo en el Atlas, donde según él, descubrió una mina de oro, en Chauia, en la región del Uerga, siempre contento y feliz y nunca rico.

¡Qué vida más maravillosamente extraña!... ¡siempre, eternamente tras el belloco de oro, sin llegar jamás a alcanzarlo!...

La llegada de H. Fescourt, iluminó el cerebro del hostelero, abriéndole nuevos horizontes; aquello era más claro que el agua. Construiría inmediatamente un Estudio en Tahanaut.

Su papel de cartas, ostentaba en el ángulo superior izquierda de orgulloso membrete, no exento de cierta ironía:

«Estación climática de Tahanaut. El mejor clima del mundo. Gran Hotel de Tahanaut. Servicio de automóviles. Propietario: A. Prevot».

Y el hotel, insistiendo otra vez sobre este tema, es un antiguo palacio desconchado y hundido por todas partes, que evoca las ruinas de un pueblo invadido durante la Gran Guerra, mejor que un palacio, por antiguo que éste fuera.

En la puerta hay una antiquísimo automóvil, que muy bien pudiera ser el primero que se construyó, huérfano de cojines y magneto, que tranquilamente está acabando de oxidarse. Es el «carruaje del hotel» al que alude el membrete en una vaga pluralidad. Añadiremos como colofón, que el propietario siente una aversión profunda contra el uso de raparse las barbas, paseando con orgullo las suyas inextricables, capaces de echar atrás a las más cortantes tijeras.

Augusto es conocido de todos los marroquíes, que al llegar a su casa se hacen la ilusión de ir a veranear a Biarritz o a San Sebastián.

En la puerta del establecimiento encontraréis siempre, en cuclillas, leyendo el Corán, o mascullando rezos islámicos, a unos cuantos árabes: son los «botones» del hotel.

J. ROGER-MATHIEU

(Continuará)

LA MODA EN LA PANTALLA

Poder mágico e ilimitado, ley que rige a todos los pueblos, aun a los más atrasados, que acoge bajo su manto terrible y encantador a mujeres, hombres, objetos, actos, en una palabra, lo que respira y lo que no tiene vida sensible, ¡Oh moda! ¡Cuántas locuras se han cometido en tu nombre!

La forma que te complaces en adoptar la mayor parte de las veces, para hacernos girar como una veleta, según soplen los vientos de tu capricho ¿no es la forma, algunas veces arbitraria, de los vestidos? Se ha escrito algo, pero podría formarse una enorme y nutrida biblioteca formada de libros que trataran exclusivamente de todo lo que has inventado desde los primeros días del mundo hasta la época actual, llenos de ideas móviles y multiformes.

¡Qué distancia más enorme hay entre el burdo y pesado brocado de la edad media y los sencillísimos y ligeros trajes de hoy, pasando por los cuellos a lo Médicis, las faldas abullonadas, las mangas de jamón, las crinolinas, los corsés de ballenas, y las botas polonesas!

De los sombreros no hablemos.

Nuestros «bibis» de ahora al lado de los sombreros empenachados con flores y plumas, son como una mariposa al lado de una catedral.

Existen sacerdotisas de este arte fino y frívolo, delicado y hermoso; sacerdotisas que inventan y lanzan las ropas llevándolas ellas mismas para dar así una seguridad y firmeza de elegancia o la impresión de una fantasía desbordada y arrolladora.

Entre estas sacerdotisas debía haber algún lugar para las «vedettes» de la pantalla; y hay que ver el placer que nos produce ver en el cine hermosos trajes gentilmente llevados

por las artistas de nuestra predilección.

En América, Marion Davies, Gloria Swanson, Pola Negri y Bebé Daniels son las artistas más elegantes de Hollywood.

En Alemania, Lya de Putty, Lil Dagover, Lillian Harrey y María Corda llevan los modelos de sus respectivas modistas, popularizados en seguida por los millares de admiradoras con que cuentan.

Sin embargo, país de la moda por excelencia, sobre todo, París, donde todas las modistas del mundo acuden en busca de modelos y de inspiración para poner en práctica innovaciones audaces, no puede señalarse como prototipo en estos asuntos. Claro está, que siendo la mujer francesa elegante, resulta un poco difícil hacer comparaciones, y mucho más destacarse sobre ella.

Lily Damita, Renée Héribel, Dolly Davis son algo maravilloso de su indumentaria; la originalidad de Catherine Essling, la elegancia suntuosa de Claudina Victrix o de Huguette Duflos son también objeto de distinción hasta por los más profanos.

¿Recordáis el traje ideal de vaporoso tul que ostentaba Florence Vidor en «La Gran Duquesa»? ¿Y el que llevaba Pola Negri cuando se casó con el príncipe M. Divani?

Ya que la imaginación de nuestras modistas no descansan un momento, y su fantasía va siempre en aumento para ofrecernos siempre novedades en nuestros vestidos, sombreros, abrigos, zapatos y otras piqueñeces, sin las que no podemos vivir, de las que, por muchos esfuerzos que hagamos, no podemos prescindir de ellas; y ya que nuestros compañeros encuentran en todo este terreno abonado para meterse con nosotras, algunas veces, y esto no es lo corriente, hasta en forma reñida con la cortesía, ¿sabéis lo que deberemos contestarles en tono perentorio y desdeñoso?

—¡Es la moda!

JACQUELINE

Siete grandes cintas

En una votación llevada a cabo en Europa Central entre 801 exhibidores por «Film Kurier», para determinar cuáles fueron las cintas más productivas en 1927-28, «Dancing Vienna», la primera cinta producida por la Defu Pictures, asociada de la First National, ocupó el primer lugar. Las siete cintas principales con sus respectivos votos, siguen: «Ben Hur», 174; «Der Katzensteg», 146; «Dancing Vienna», 116; «Metropolis», 106; «The Volga Boatman», 95; «The Circus», 74.



MARIA CORDA

El célebre actor germano Emil Jannings, en compañía de su esposa e hija y sus tres perros favoritos, se dispone a dar un paseo en auto



Llegada de la artista Betty Balfour a Barcelona. (Fot. Badosa)

num.
74

JUEVES
CINEMATOGRAFICOS

agosto
2
1928

El Día Gráfico



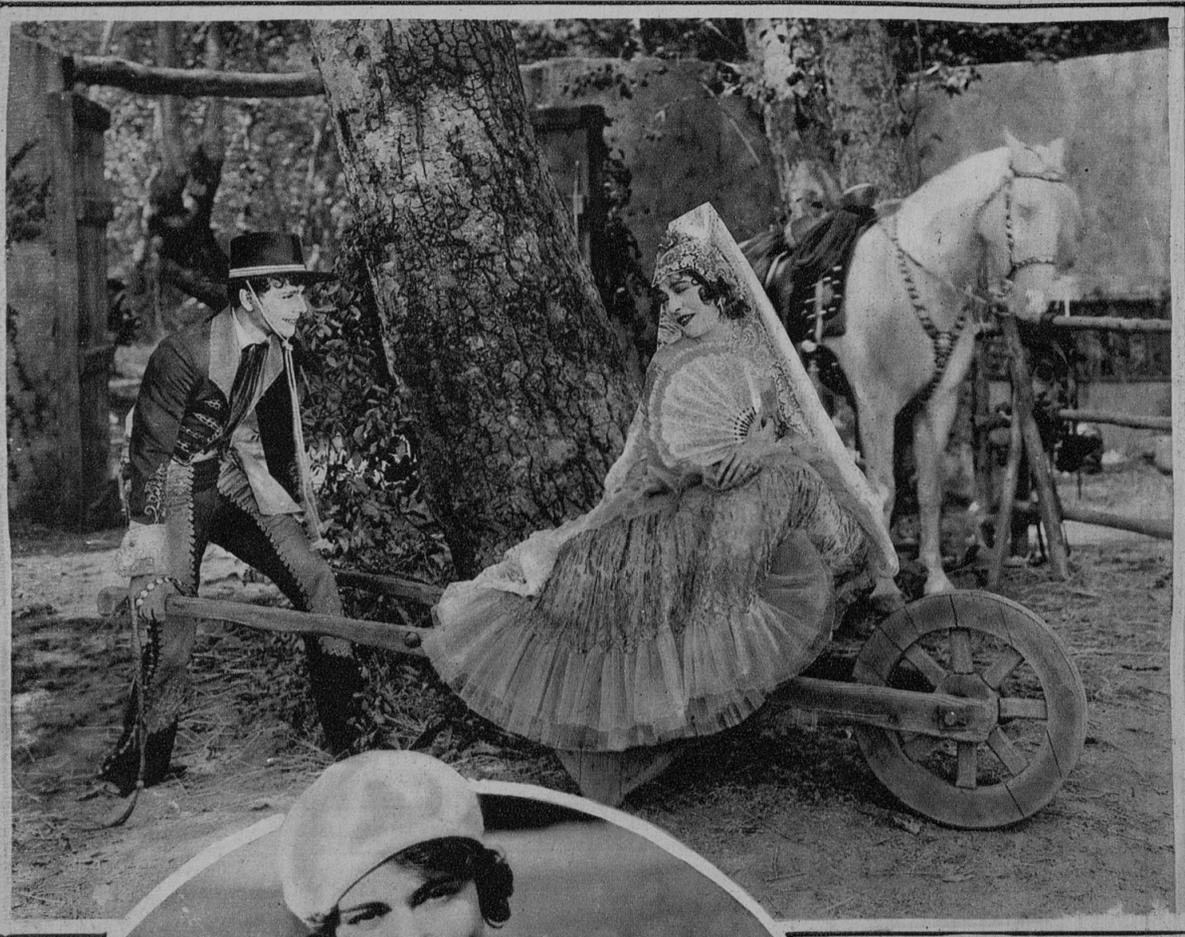
La encantadora Yola d'Abril, tal como aparece en la última producción Mulhall-Mackail



La bella estrella alemana Dina Gralla



La estrella mejicana Dolores del Rio, de los Artistas Asociados, nos presenta el más moderno modelo de fonógrafo



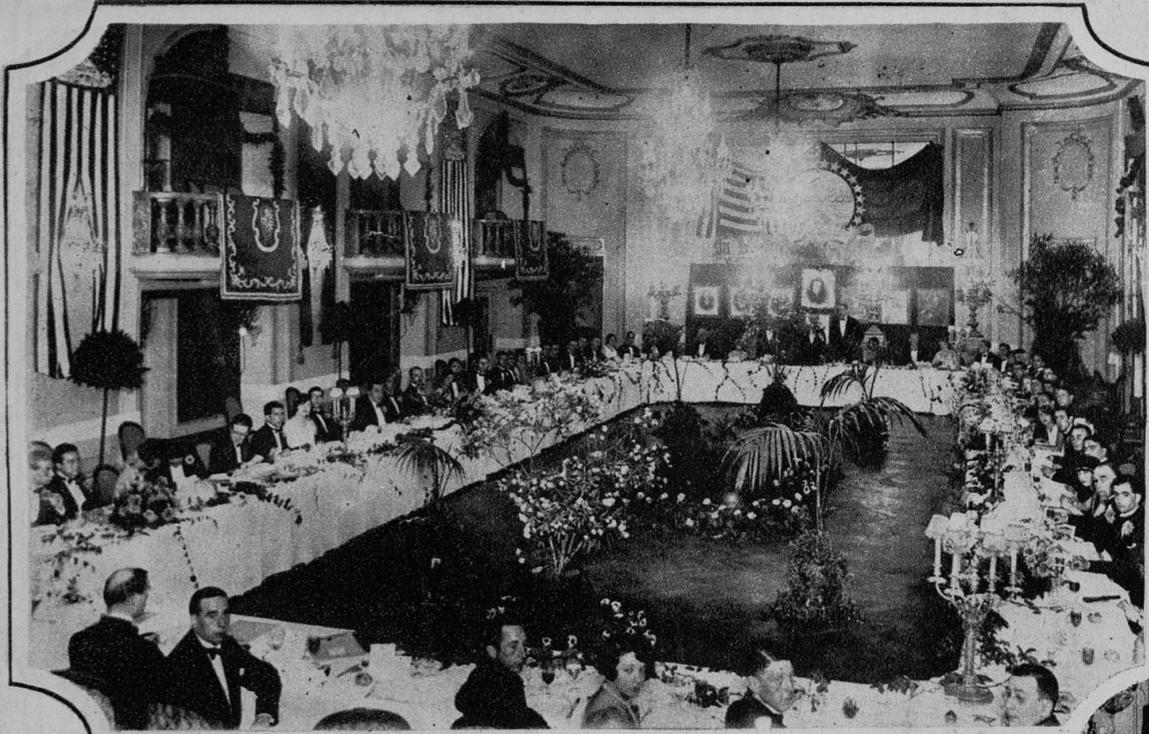
Para ir de un lado al otro, René Adorée, de la M. G. M., usa un vehículo tirado por William Collier (hijo)



La reconocida estrella de la M. G. M. Dorothy Sebastian ha adoptado dos de los cachorros de «Relámpago»



Jeanette Loff, artista que en la próxima temporada se elevará a estrella

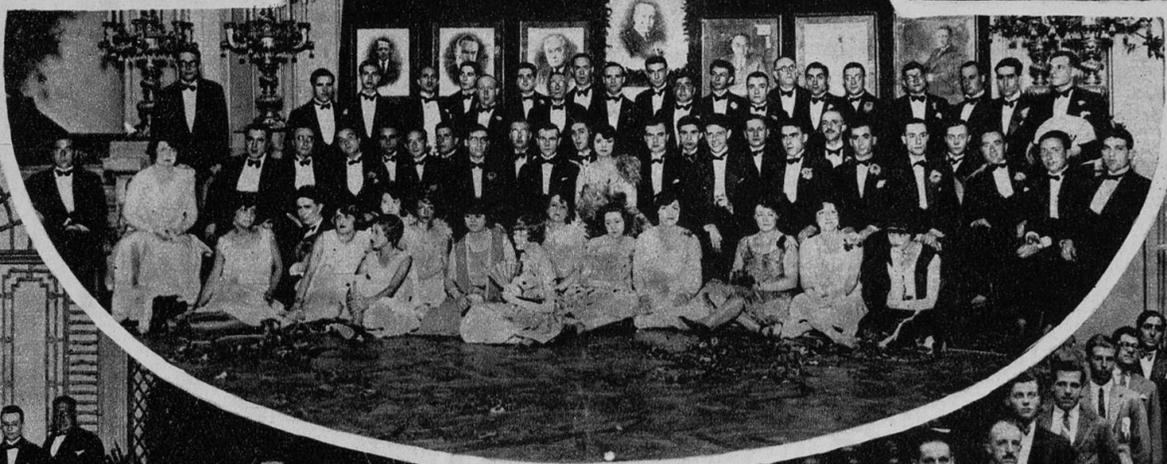


EL BANQUETE EN EL RITZ

III CONGRESO
Paramount
QUE SE CELEBRO SOLEMNE-
MENTE EN EL HOTEL RITZ CON ASIS-
TENCIA DE LOS DELEGADOS DE LAS
SUCURSALES Y DE LA PRENSA BAR-
CELONESA



LA PRESIDENCIA DEL BANQUETE



GRUPO DE
ASISTENTES
AL CONGRESO



seguido desde que me propuse llegar a ser algo en el film. Hélas aquí:

- Aparentar aire de prosperidad.
- Hablar de triunfos.
- No ser puzgato.
- Vestir tan bien como sea posible, aunque no tenga que privarse de otras cosas.

—Preocuparse de las dificultades financieras de uno mismo, pero jamás dárslas a entender a los otros.

Y como corolarios, le diré que personalmente estoy convencido de que la fama y la fortuna sonrien un día u otro a la persona que desde el principio se propone seriamente triunfar y en ello pone toda su alma. Poder ascender por los peldaños de la escalera de la gloria, es cuestión de táctica. No hay que andar refunfuñando y perdiendo ánimos. Se impone un optimismo perpetuo y esto es lo que verdaderamente cuenta en la estima de nuestro círculo de influencia. Recuerdo un adagio que con frecuencia repetía mi padre: «El hombre que vale, es el que sabe sonreír aun cuando las cosas marchen por mal camino».

Y Menjou, para demostrar que predica con el ejemplo, ha añadido:

—Desde que la suerte me deparó una ocasión para triunfar, me esforcé en poner cara alegre a todas las dificultades que se me presentaron y en contagiarme mi optimismo a los directores y productores cinematográficos, y algunos de éstos coadyuvaron al progreso de mi carrera artística.

Menjou se complace en hacer sitio a los noveles

Lo mismo he hecho con las personas que me rodearon. Arnold Kent, era desconocido hasta que yo intervine por él. Comprendí que su talento era apropiado para interpretar a satisfacción una parte de mi película «Dress Clothes», y me decidí a apoyarle. Le confié un papel de compañero mío en la película y casi salimos juntos en cada escena. Este trabajo le valió subir de golpe y porrazo un buen número de peldaños en su carrera. Ahora es uno de los artistas de la Paramount, y ha actuado de protagonista en la película «El mundo a sus pies», junto con la estrella Florence Vidor. También juega papel de importancia en las películas «Beau Sabreur» y «Hula».

—También se ha dicho que usted protegió a un compañero de armas. ¿Quién es?

—Jack Turley. Hizo la campaña de Europa conmigo. Yo era capitán y él soldado raso y durante la guerra representamos, en los campos de Francia, una «revista» para solaz de las tropas. Tuve una alegría enorme cuando me vino a decir que había sido contratado para la película «Sun Kissed», de Pola Negri. Actualmente se le considera como uno de los mejores comediantes del arte mudo.

Adolfo Menjou, con la satisfacción pintada en su rostro, ha continuado:

—¿Se acuerda usted de aquella muchacha de ojos negros y cabello oscuro por primera vez en el «Follies de Nueva York»? Pues bien: la vi trabajar

en el teatro de la «The Ace» en Nueva York, y se me figuró que era el tipo ideal para actuar como la «hija independiente» que en dicha película la se necesitaba. Procuré que fuese contratada y después de haber podido ser apreciado su trabajo, le lueven las contratas. Se llama Susana Flemings, y no me sorprenderá verla en el pináculo de la gloria.

También habrá oído usted hablar de Nicolás Soussanin, el actor ruso que en su patria era famoso. Llegó a Hollywood y no conseguía trabajo. Le conocí y me pareció reunir posibilidades. El problema era conseguir una ocasión, una película de prueba, y me interesé por él hasta lograr que tomara parte en mi película «Al servicio de las damas», y tuve en ello un acierto, pues Soussanin se ha revelado un artista portentoso. Como consecuencia lógica, procuré que interviniera también en mi película «Un caballero de París».

Y en mi expresada película «Al servicio de las damas», hay otra persona que gracias a su exquisito trabajo, también se ha acreditado mundialmente, Laurence Grant.

Adolfo Menjou ha terminado sus declaraciones así:

—Hacer subir a mis compañeros, dar la mano a los noveles que, como yo entonces, sufren ahora los sinsabores de las primeras luchas, he aquí mi mayor satisfacción y el goce más sincero de mi alma.

(Prohibida la reproducción.)

Un parque zoológico moderno

El Parque zoológico de Hagenbeck, en Stellingen, está dispuesto de tal modo que los animales pueden moverse con toda libertad dentro de una gran extensión de terreno, únicamente limitado por un foso protector, siendo por las grandes ventajas que esto representa, conocido en el mundo entero. El departamento cultural de la Ufa ha realizado allí, bajo la dirección científica del doctor Berndt, dos películas que, junto a las muchas que se han hecho con escenas de animales salvajes en libertad mostraron cómo éstos se conducen encerrados en un sitio tan apropiado como el Parque de Hagenbeck. La primera de estas películas, titulada «Los prisioneros libres», muestra cómo las manifestaciones de la vida de estos animales puede ser observada con toda clase de detalles tan bien en una instalación de esta clase como en plena Naturaleza. La segunda, titulada «Focas gigantes y otros animales marítimos», muestra la vida de estos animales de las tan actuales zonas polares, como son elefantes y leones marinos, perros de mar, caballos marinos, etc. También esta última película está hecha con ejemplares del parque zoológico de Stellingen, donde también estas especies polares encuentran los mejores ambientes y condiciones de vida apropiadas para crecer y desarrollarse.

La «Defu» anuncia su programa de la temporada

«My Girl's in Paris», «The Shop Prince», «Two Red Roses», «The Saint and Her Fool» y «Rogue's Love», las cinco cintas de la Defu para la próxima temporada, terminadas hace poco, han pasado la censura. «Two Red Roses», promete ser una interesante producción, siendo la primera cinta en que Liane Haid, nueva estrella de la Defu, ha tomado el papel principal. Muy en breve, esta cinta se lanzará al mercado mundial.

Friedrich Zelnik pronto empezará los trabajos fotográficos de la nueva producción de Lya Mara, «Mary-Lou», la primera de las cintas que la encantadora estrella hará para la Defu en la temporada. El papel requiere de la estrella habilidad de amazona y no pocas piruetas de circo. La segunda cinta de Lya Mara estará lista en la próxima temporada.

Max Reichmann, el renombrado director de «Ramper» y «Manege», hará tres cintas más para la Defu, la primera habiendo recibido provisionalmente el título de «The Knight of Nights», «My Girl's in Paris» y «Rogue's Love», las producciones mencionadas anteriormente, ya han sido terminadas por el renombrado director, cuya producción, «Ramper», actualmente se exhibe en el teatro Roxy, de Nueva York.

Liane Haid, la linda actriz alemana, quien recientemente firmó contrato de cuatro años con la Defu, también hará dos films para la Compañía de esta temporada; sin embargo, no se comenzarán los trabajos de fotografías en estas dos cintas, sino a fines del verano.

Además de este estupendo programa, La Defu producirá una cinta de Schubert, en honor del inmortal compositor, muerto hace cien años.

El acuerdo Ufa-Luce

Bajo la dirección del embajador italiano en Berlín, conde Aldovrandi-Marescotti visitaron durante la semana pasada los talleres de la Ufa en Neubabelsberg y Tempelhof, así como las instalaciones Atifa para copias cinematográficas pertenecientes al Consorcio de la Ufa, una comisión de representantes del Gobierno y de los principales periódicos de Italia.

Después de una corta salutación que les dirigió el director de la Ufa, visitaron detenidamente las instalaciones técnicas, informándose sobre los métodos de producción de la cinematografía alemana. El objeto de esta visita se refiere al Consorcio Ufa-Luce, para cuya ejecución algunos técnicos italianos trabajarán durante algún tiempo en los talleres de la Ufa, para poder aplicar luego la experiencia adquirida, a la producción.

Después de la visita los representantes de la Ufa y los huéspedes italianos se reunieron en un banquete en el Hotel Adlon. Por parte de unos y otros se hicieron fervientes votos en favor de ambas sociedades y de la colaboración en común, que se proponen realizar.

ARGUMENTOS DE PELICULAS

ESCUELA DE SIRENAS

En Dana, como en casi todas las universidades americanas, sucedía que el estudio, el flirteo y el deporte, eran los tres lados del triángulo equilátero al que los estudiantes rendían pleitesía y homenaje, haciendo caso omiso de todo aquello que pudiera convertir a la susodicha figura geométrica en otra de uno o varios lados más.

Entre las estudiantes, había una que prefería los profundos estudios de la entomología a los superficiales del amor; ésta era miss Smith, estudiante de segundo año, a la que sus camaradas habían bautizado con el elegante nombre de «la polilla».

Y es porque para miss Smith, la caza del insecto, además de una loca afición, constituía un deporte más interesante que la caza de marido, haciendo caso omiso de las bromas y cuchufletas de que era objeto por parte de sus compañeras.

Como en todas las causas justas, en ésta no faltó un paladín que defendiera a Alice Smith contra las bromas de las otras alumnas. Este espíritu fuerte, digno de loas y alabanzas, era Tefilo Spangle, su profesor, que sentía una gran devoción y respeto por ella, ya que entre los dos hacían enormes recolecciones de lepidópteros, mientras las otras alumnas delapidaban su tiempo en el football o en el tennis.

Sin embargo, el corazón de una mujer, por muy apasionada y mucha afición que tenga a la entomología, siempre deja un pequeño lugar libre para el amor, y Alice Smith no veía con malos ojos a Harry Marwin, el monitor deportivo de la Universidad.

Este, por su parte, no se interesaba grandemente por las mujeres que no tuvieran un sello de deportivismo, como si en ello radicara el secreto de la vida.

Alice Smith lo sabía y como cada día que pasaba tomaba mayor incremento en su cerebro la idea de ser agradable a Marwin, hizo todo cuanto pudo para conseguirlo.

Decidió, como primer paso deportivo, aprender a nadar; pero como estaba tan poco familiarizada con el agua y menos con los movimientos violentos que era preciso hacer, escuchó los consejos de una amiga un tanto chungona y decidió aprender a nadar por correspondencia.

Sus estudios fueron largos y duraron más de la cuenta, ya que primeramente y por un error incomprensible, le enviaron lecciones de

lucha greco-romana. El estudio, por otra parte, era bastante difícil para miss Smith, porque era una muchacha que ejecutaba seriamente todo lo que emprendía, y en su libro se encontraban recomendaciones como la siguiente: «para llevar bien el ritmo de los movimientos conviene ejecutarlos con acompañamiento de piano o por lo menos de un metrónomo»; esto y otras cosas parecidas era lo que complicaba singularmente los progresos deportivos de la joven estudiante.

Había otro pasaje en el libro que también interesaba mucho a Alicia, porque decía: «Una vez que usted haya ejecutado todos los movimientos que arriba se describen, le prevenimos que le enviaremos su «Título de nadadora a correo seguido». Y de esta forma, un día, cuando menos lo esperaba, recibió por mediación del cartero, un diploma de sirena.

Cuando hizo su aparición en medio de sus camaradas, con su diploma, que complicaba singularmente los progresos deportivos de la joven estudiante.

Alice se guardó mucho de decir que no tenía la suficiente preparación; además no lo quería entender tampoco, ya que en el título constaba su competencia. Por otra parte, todas sus compañeras veían en ella a la futura campeona. Por lo tanto, en cuanto se anunció el concurso de natación, las jóvenes alumnas de la Universidad vinieron a suplicarle que tomara parte en él, certamen que consistía en la travesía del estrecho de Gates. Al tiempo de irse a inscribir, Alice Smith, que se había equipado muy bien, encontró al monitor Harry Marwin.

Tan pronto como lo vió, el rubor tiñó sus mejillas de un rojo subido, manifestación externa que denotaba cómo pensaba siempre en él y que su vista no le era del todo desagradable; se le aproximó y le dijo con un ligero temblor en la voz:

—He hecho muchos progresos, señor Marwin; he formado un equipo. —Pero, ¡Dios mío!, ¿un equipo de qué?

—De natación. Acabo de ser nombrada capitana.

Como llevaba unos entes ahumados para proteger sus ojos de los rayos solares, Marwin le dijo:

—Es un crimen ocultar unos ojos tan bonitos. El gorrito os va muy bien; usted acabará dándose cuenta

de que es muy linda, así como sus compañeras.

Estas galanterías la dejaron como quien ve visiones, y hasta la animaron a tomar parte en la carrera.

Pero aprender un deporte por correspondencia y sobre todo la natación, no es un asunto tan fácil como parece, y pronto iba a darse cuenta Alice de ello.

Después de unas cuantas brazadas, se hubiera ahogado seguramente de no haber sido socorrida por el profesor, su catedrático de entomología que la seguía en un canot.

Spangle, a través de la intensa bruma, buscaba el barco hospital para conducir a él a su pasajera desvanecida. De esta forma hizo Alice la travesía del estrecho, y ya estaban casi en la orilla opuesta cuando un accidente, la precipitó en el mar; la impresión del agua fría la hizo volver en sí y el espíritu de conservación la animó a ganar la costa como mejor pudo.

Fué proclamada campeona, y ella, aunque algo asombrada, se abstuvo de protestar, ya que de buena fe creía haber franqueado el estrecho siendo víctima de una pesadilla.

Desde entonces, se puso a estudiar con ardor el arte de la natación, siendo su profesora miss Ederle, y cuando tuvo lugar el gran campeonato universitario, se resolvió tomar parte. Pero Harry Marwin, que no se sabe por qué conducto, se había enterado de que no había llevado a cabo la hazaña que se le imputaba, puso reparos en aceptar los servicios deportivos de la joven, de cuya eficacia dudaba. Alice, desesperada, se fué a refugiar a casa de una tía suya que vivía en el campo.

Allí no permaneció largo tiempo, porque Marwin esta vez supo de buena procedencia que Alice había pedido una causa justísima, puesto que había llegado a ser una nadadora meritísima.

Se quiso conducirla a viva fuerza, pero Alice Smith se precipitó en el mar y fué preciso darse una carrera loca para alcanzarla y obligarla a tomar el punto de partida de las carreras.

Ganó en buena lid aquel campeonato y Marwin, que seguía con mucho interés el curso de aquel acontecimiento yéndole a la zaga en una canoa automóvil, le llevó la recompensa que se merecía... tendiendo sus dos brazos hacia ella.

COSAS DE AMERICA

Las "quintas" de las estrellas

Todas las estrellas americanas de ambos sexos tienen una doble pasión: primero, y esto sobre todo, la del cine, y luego la de la especulación sobre terrenos. La encantadora Paulette Duval, en sus últimos artículos está harta de decirnoslo, cuando trata de sus recuerdos de América y nos describe el lujo y las comodidades de que están provistos todos los chalets de los artistas de Hollywood que tienen la suerte de ser propietarios.

La operación o el juego, como quieran ustedes llamarle, es sencillísima: Primero se compra un terreno, que generalmente parece tener poca importancia, ya que estos terrenos acostumbran a ser campos donde se arrojan toda clase de basuras, hierros viejos, vajillas rotas, en fin todos los desperdicios lo que parece quitarles valor y hasta presentar un aspecto irrisorio. Una vez el terreno adquirido, se aguarda pacientemente un mes, dos meses, seis meses, porque Hollywood toma cada día más importancia y las edificaciones son más frecuentes; al cabo de cierto tiempo aquel terreno empiezan a solicitarlo, o mejor dicho, a necesitarlo. Este es el momento en que se puede revender el terreno con ganancia. El asunto es clarísimo. Se trata de ceder aquella parcela por el triple o cuádruple de su primitivo coste.

Cuando una estrella ha efectuado esa operación dos o tres veces, y hasta más, cosa muy corriente, ya podéis asegurar que su cuenta corriente ha engrosado de manera considerable.

Este es el instante esperado por el feliz especulador para darse el gusto de instalarse en uno de sus terrenos, edificándose un chalet, como recompensa a sus anteriores zozobras.

Vamos a reunir en estas líneas unos cuantos artistas, audaces financieros y poseedores en la actualidad de deliciosas fincas donde poder reposar con toda comodidad, después de las arduas y pesadas faenas del «Estudio».

Una de las que más se destacan y demuestran su temperamento artístico en todos sus detalles, aun los más insignificantes, es Florence Vidor.

¡Con qué gusto esta miss Vidor ha confeccionado, permítasenos la frase, un rinconcito adorable, fresco y lleno de sombra en su jardín! Es el punto favorito de su chalet. Cuando después de una fatigosa jornada de trabajo, llega a su casita, jadeante y sudorosa, gusta tenderse en un cómodo diván hasta el que casi llegan las colgantes y floridas guirnalda de

las glicinias que por allí crecen con profusión, escalando audaces los muros para después caer voluptuosamente como los rubios e inmensos cabellos de melisandra cuando, según dicen, se los peinaba para ser más agradable, hasta el punto de enloquecer a Peleas.

Marion Davies, posee una de las más hermosas quintas de Hollywood, esta tierra bendita de sol y luz similar a nuestra Costa Levantina o a la Costa Azul.

En su jardín hay una hermosa fuente con una hermosa pila, y en esta pila tiene una carpa, una sola, pero de enormes proporciones. Nuestro corresponsal no nos dice si Marion imita a ese pescador de Courtelive que poseía un brazo de río, dentro del cual no había más que un solo barbo. Cuyo pez estaba tan acostumbrado a su pescador, lo conocía tanto, que en cuanto lo divisaba, iba a prenderse él mismo del anzuelo. Una vez capturado, el pescador lo sacaba del agua, lo desenganchaba del anzuelo y volvía a arrojarlo al río, para tornar a pescarlo después, arrojándolo de nuevo, y así sucesivamente.

Lew Cody es un adorador de dulce farniente. No es extraordinario, encontrarlo sentado en un banco de su jardín o encaramado en las ramas de un árbol, en pijama, con su eterna pipa en la boca y completamente abstraído, como si intentara desentra-



COLLEEN MOORE

ñar los términos de un difícil problema; tiene una actitud meditativa de bonzo y saborea con un placer evidente la voluptuosidad de no hacer nada.

El tímido William Haynes también es de los que han prosperado; tiene una magnífica quinta con su auto eternamente a la puerta, lo que indica claramente que su propietario va en auge de día en día.

En cuanto a Mae Murray, símbolo del capricho y la alegría, ha escogido una habitación llena de fantasía. Me permito, sin embargo, creer, que, no obstante la severidad que reina en aquel lugar, más de una vez habrán escuchado sus muros la cascabelera y argentina risa de su propietaria que, dicho sea de paso, dista mucho de ser melancólica.

Sería prolijo enumerar aquí todas las hermosas fincas de todas las estrellas de Hollywood. Baste saber que son muchas y a cuál mejor.

La camaradería más exquisita, el compañerismo más sano reinan en este alegre centro de la cinegrafía mundial, donde se gana el dinero a manos llenas y los éxitos vienen con la rapidez del relámpago y donde también la vida es más fácil que en ningún otro lugar del planeta, porque en el cine hay trabajo para todos los artistas, sean del género que fueren.

Todas las «vedettes» celebran frecuentes reuniones fraternales, sin que jamás se haya dado el caso de una sola disputa entre ellas, sin hacer una diferencia muy notable entre la grande y la pequeña «star». Pero en todos estos ágapes falta una cosa: un líquido muy diferente al que la química designa con la fórmula H₂O.

Las infortunadas estrellas no tienen para elegir más que eso, o una especie de matarratas que se vende a precio de platino. Si la prohibición, la odiosa «Ley seca» no mostrase su máscara livida e implacable de bebedora de agua, Hollywood sería un sitio encantador.

Comprenderán ustedes por qué las «vedettes» darían gustosas en muchas ocasiones sus dólares, su bienestar, su gloria y hasta sus quintas suntuosas, por encontrarse en cualquier tranquilo hotel de nuestra vieja Europa, donde cada cual bebe el vino que quiere o pueda pagar; vinos de verdadera uva, madurada bajo los rayos de nuestro ardiente sol y que guardan en su perfume la alegría de vivir y la dulzura de la indulgencia latina.

H. MEGUIN

suerte le sonríe, podrá usted acortarlo por medio de un veloz auto, flamante y un chófer para su servicio exclusivo... pero, para que esto ocurra, habrá de distinguirse y sobresalir de entre algunos miles de competidores. Para los del montón, habrá siempre el tranvía, el metro, las esperanzas frustradas y los ideales sólo en sueños...

—¿Y la ciudad de Hollywood?

—Es una ciudad ruidosa y de gran movimiento, indiferente a la llegada del forastero e inmovible ante sus penas. Quedará usted deslumbrado, pues así a mí me ocurrió cuando estuve allí por vez primera y desde entonces la ciudad ha crecido aun y se ha intensificado más la vida agitada. Si permanece unos instantes en la esquina del Bulevar Hollywood y la Vine-Street, o sea el punto más céntrico, verá agolparse la multitud y desfilan autos a centenares y un asombro de «roadsters», esos autos de carrocería baja, pocos asientos, muchos caballos, de suspensión macilenta y de velocidad y agilidad de gamo. Son los de los artistas que han logrado imponerse, de los favoritos del film. El tráfico, regulado por campanas, no cesa un momento de hacer sentir su tintineo. Los vendedores ambulantes, con grandes cestas de olorosas rosas escarlata, las pregonan a una peseta la docena, baratísimas si se compara con lo que por ellas cobran en otros puntos de América y de Europa. Allí las flores abundan. Verá usted asimismo que los limpiabotas hacen un negocio magnífico. Más tarde, quizá sienta envidia de estos pobres diablitos... Oirá también vocear en plena calle a un especulador de terrenos que quiere venderlos a todo trance y cada media hora consigue llenar un autobús, en el que conduce gratuitamente hasta los arenales del Pacífico a los presuntos compradores. Hace pocos años, esta ciudad, hoy vasta, clamorosa, activísima, era un soporífero lugar del Oeste y ahora, lo que está en construcción, indica que no es todavía la ciudad la mitad de lo que será dentro de poco.

Sin vegetación, interrumpidas por los valles que se extienden a sus pies, y con parcelas deslindadas por las señales eléctricas de los distintos especuladores y destacando del conjunto las «villas», de tipo español de los artistas que ya han fijado su residencia habitual en Hollywood, especie de nidos poéticos erigidos acá y acullá de la mancha verde del hermoso horizonte.

Los Estudios de Cinelandia

—¿Y los Estudios en los que se filman las películas?

—Están lejos. Para ir a ellos debe usted tomar un autobús o quizás aguardar la combinación de dos de ellos. Por lo menos se han de recorrer de cinco a diez millas, pues están enclavados en las afueras. Cada uno de ellos es como una pequeña ciudad. En el corazón de Hollywood, en donde reina el bullicio y la fiebre comercial, sólo hay algunas pocas oficinas de cine y Estudios independientes. Ya puede, pues, comprender que si le pareciesen gravo-

so los gastos de auto, como probablemente le ocurriría si fuese un recién llegado aspirante a artista, encontrará que las distancias son enormes en Hollywood, muy largas y muy pesadas.



CLARA BOW

El registro de aspirantes a «estrella»

—¿Y cómo se hace para conseguir una plaza?

—Primero se acude a la Central de Avisos, y si acceden a ello, le anotan en un registro. Pero ¡qué registro! ¡Por lo menos hay apuntados treinta mil nombres! Y luego hay que aguardar a que le llamen. Aguardar... y con santa y ejemplar paciencia. Las demandas de los Estudios no son superiores, por término medio, a 300 diarias y hay disponibles constantemente más de siete mil «extras», ya experimentadas en el oficio, que desde que se levanta el día están al acecho del trabajo. Otra dificultad con que se tropieza al quererse inscribir en el registro: hay que escoger entre más de cien categorías distintas para que la clasificación sea adoptada a sus condiciones, pero la excesiva abundancia de títulos desconcierta. Vea usted algunas de tales clasificaciones.

Comedia, Cabaret, Dancing, Exótico, Obeso, Alto, Pelicorto, Pelo abundante, Nadador, Jockey, Calvo, Malabarista, Acrobata, Chino, Indio, Judío, Latino, Tragedia, Cara de traidor, Saltador, Esgrima, Alta sociedad, Elegante, Desdentado, Enano.

Y con estas subdivisiones ¿hacia dónde le encarrilarán a usted? Sé de muchas señoritas que han acabado por ocupar plazas en escritorio... y puedo afirmarle que Hollywood, por esta causa, ganaría todos los concursos mundiales que se organizaran para premiar las más guapas chicas de oficina. Las hay también que han ido a parar a la cocina de algún hotel, para mondar patatas, o se han convertido en camareras de los music-halls de Hollywood. Siendo hombre, muchos ha habido que se han tenido que contentar con un empleo de picapedrero en las carreteras.

Dinero se precisa, que no belleza

—La belleza, no obstante, debe abrir todas las puertas—nos aventuramos a decir.

—Las «bellezas»—contesta Menjou—van allí a real la docena. Para triunfar en Hollywood, se precisa no andar corto de dinero. Se puede ser tan hermoso como Febo y resultar una perfecta nulidad. La belleza es una de las cualidades más generalizadas entre los que acuden a la Meca del Cine. Hoy, lo que hace falta, es tener dinero, audacia, suerte. Hay que tener «fibra», inteligencia, espíritu de lucha. Se ha de poseer cierta experiencia, cierto entrenamiento. Me he pasado catorce años batallando para llegar donde estoy. Pero principalmente conviene tener dinero, además de todos los otros requisitos propios para el éxito, pues así puede uno esperar... esperar... sin morir de hambre. A mí me descubrió el director Knoblock, cuatro años antes de que Charles Chaplin me proporcionara la esperada ocasión de mi vida. Y gracias a que empleé mis cuatrocientas libras esterlinas, ahorradas durante mi campaña de la guerra europea... ¡Quién sabe lo que ahora sería si no hubiera podido contar con tal dinero!...

—De manera que con cuatrocientas libras ¿crece usted?...

Menjou no deja terminar la frase: —De ningún modo. El que vaya allí para abrirse paso como yo lo hice, por lo menos hoy necesitaría tres veces el dinero que a mí me costó. Le hablo de lo que me ocurrió hace nueve años, y las circunstancias han variado. Reconozco, eso sí, que el galardón que se alcanza cuando se vence, compensa todas las penas, todos los sacrificios y todo el dinero que se haya invertido; sin olvidar, empero, que esto no es fácil conseguirlo, porque los productores de películas no están, precisamente «aspirando» por ver caras nuevas. Uno ha de meterse por la fuerza en sus oficinas y hacer algo para que se enteren de que existe. Y desde luego, que ni aún así se consigue mucho, porque no son los magnates del film los que «hacen» las «estrellas», sino el público, con su aprobación y buena acogida.

—Se infiere, por tanto, de sus manifestaciones, que los productores ofrecen dificultades para confiar papeles importantes a los artistas noveles...

—Claro está. La industria cinematográfica está muy absorta en sus negocios y se ve demasiado agobiada por centenares de aspirantes que constituyen casi una pesadilla para los directores y, por eso, se muestran reacios, perjudicando con ello tanto a la belleza como al talento latente. Es un desfile inacabable que no se cansa de pedir a los directores: «Exhíbanos... Exhíbanos una sola vez...» y la contestación a estos noveles, invariablemente es la misma: «Todos piden lo mismo y no puede ser... Buenos días... No puedo perder el tiempo...»

Cinco consejos prácticos para triunfar

—¿No le permite su experiencia dar algunos consejos para triunfar en Cinelandia?

—Voy a confesarle que siempre he tenido fe en algunas máximas que he